

Instrumentos lingüísticos y políticas lingüísticas: la construcción del francés

Linguistic Tools and Linguistic Policies: The Construction of French

Sylvain Auroux*

Laboratoire d'histoire des théories linguistiques, UMR 7597 - Paris 7 /CNRS

Abstract

This paper analyzes the linguistic policies and tools that made the construction of the French language historically possible. In the first place, it reviews the criteria established by canonical dating to record the history of French, identifying them as political and literary rather than linguistic. In this respect, the hypothesis is put forward that the French model of linguistic policy should be described in terms of (a) the consolidation of the monarchy and its efforts to impose the king's dialect as the standard variety and (b) the *grammatization* of French by the central power and civil society. Finally, it analyzes a series of linguistic tools used until the nineteenth century to normalize French and discusses the intervention of ideological state apparatuses to spread this distinct *grammatization* process.

Key words: Linguistic policies, linguist tools, grammatization, French language.

Resumen

En este trabajo, se analizan las políticas e instrumentos lingüísticos que permitieron históricamente el establecimiento de la lengua francesa. Para ello, en primer lugar, se revisan los criterios que la datación canónica ha consolidado para dar cuenta de la historia del francés, y se sostiene que estos son, en general, políticos o literarios, pero no específicamente lingüísticos. Al respecto, se presenta la hipótesis de que el modelo francés de política lingüística debe ser caracterizado tanto en términos de a) la consolidación del modelo monárquico y el esfuerzo que este lleva a cabo para imponer su dialecto; como b) el proceso de *gramatización* del francés del que son responsables el poder central y la sociedad civil. Así, finalmente, se examinan algunos de los instrumentos lingüísticos utilizados hasta el siglo XIX para la normalización del francés, y la intervención de los aparatos ideológicos del Estado que permitieron la expansión de este proceso específico y diferenciado de gramatización.

Palabras clave: Políticas lingüísticas, instrumentos lingüísticos, gramatización, lengua francesa.

Se denomina *política lingüística*, en general, al conjunto de los actos por los cuales una sociedad¹ reforma (Fodor y Hagège 1983), extiende durante las conquistas y la colonización (Calvet 1974), irradia (*extensión* de los locutores de lengua segunda, posición de la literatura, utilización diplomática, científica, etc.), “su” lengua o administra el multilingüismo en su territorio.

A mi entender, es posible hablar de *política lingüística* sin que haya Estado ni instituciones específicas,² y el concepto, tal como veremos, reviste gran diversidad de procedimientos. Pero la noción de “lengua” es lo que constituye un problema. Hay una tendencia a abordarla a partir de lo que concebimos hoy cuando hablamos, por ejemplo, del “francés”. Se trataría de una “realidad” sustancial, idéntica a ella misma, isótropa en todos sus

* Correspondencia con el autor: auroux.sylvain@wanadoo.fr.

• Traducción al español de María de la Paz Georgiadis. Revisión técnica de Carlos R. Luis.

¹ A menudo solo se focaliza, de manera restrictiva, una parte que no existe en todas las sociedades: el Estado.

² La manera en que los dogón administran su multilingüismo y, en especial, lo conservan (enviando a los niños a otras tribus) es claramente una “política” lingüística. Ver Calame-Griaule (1963).

usos (Milner 1978: 15-24).³ No obstante, a partir de 1908 Antoine Meillet (en *Les dialectes indo-européens*) generalizaba la posición de la mayoría de los romanistas sobre la ausencia de verdaderas fronteras dialectales (solo se encuentran isoglosas): la variación diatópica precede la estabilidad isotópica. Este autor dejaba, sin embargo, alguna sustancialidad a los “dialectos”: la noción de “dialecto natural” sería, según él, “un poco fluctuante”,⁴ pero sin embargo “bien real” (1908: 2). En efecto, la variación que no dejara de desarrollarse aniquilaría la comunicación, si no estuviera

interrumpida por la extensión de alguna lengua común: dialecto local generalizado, tal como el francés, que es esencialmente el dialecto parisino; o mezclas de dialectos, tal como el inglés, en el que se encuentran particularidades tomadas de dialectos distintos que primero se superponen a las lenguas locales y que luego rápidamente, al ofrecer más utilidad y responder mejor a las necesidades, son eliminadas por completo (1908: 5).

Nunca se ponderará lo suficiente la importancia de esta ruptura con respecto a la concepción general de los indoeuropeístas de las generaciones precedentes (entre ellos, los neogramáticos), que consideraban las lenguas como entidades que se desarrollaban solas. Meillet advierte que las circunstancias históricas (conquistas, unificación política, etc.) son las que primero dan lugar a las extensiones de la lengua que se vuelve común; él basa la aceleración de su desarrollo en la “ventaja que tienen los hablantes de emplear *una lengua* cuyo radio de utilización sea el más amplio posible” (1908: 5; las itálicas son mías). La historia del francés es la historia de la expansión de un dialecto “parisino” (para una presentación moderna y muy matizada, ver Lodge 1993). Sin embargo, es evidente que, a pesar de un enfoque social del lenguaje, Meillet queda preso de una visión mecanicista que no concede demasiado lugar a la política lingüística; es decir, a la acción voluntaria de las personas sobre sus prácticas de lenguaje.

Ahora bien, la situación es más complicada, tal como se ve a la luz de ciertos hechos, elegidos entre cientos, que aparecen constantemente en los tratados de historia del francés:

813: el Concilio de Tours evoca la *Romana rustica lingua*.

842: el texto de los juramentos de Estrasburgo se redacta en dos lenguas (“lengua romana” y “lengua tudesca”).

Siglo XIII: comienzo del esfuerzo centralizador de los reyes en el ámbito del derecho y la administración.

1531: *In linguam gallicam Isagoge*, de Sylvius (Jacques Dubois).

1539: Edicto de Villers-Cotterets.

1549: *Défense et illustration de la langue française*, por J. du Bellay, que presenta las opciones de los poetas de la *Pléiade* para defender el francés contra sus detractores, enriquecer su vocabulario y giros estilísticos, e ilustrarlo por la literatura.

1550: *Traicté de la grammaire française* de Meigret .

Siglo XVII: Anexiones e imposición del francés en la administración: Pau, Bearn, Navarra (1620/1620), Roussillon (1659/1684), Flandes marítimo (1668/1678/1684), Alsacia (1633/1691).

1606: Malherbe, al preparar una edición del poeta Desportes, casi contemporáneo suyo, anota su ejemplar con observaciones lingüísticas. Estas notas se editarán con el nombre de *Commentaire de Desportes*; dan cuenta de una postura muy crítica frente a la expansión de la lengua preconizada por la *Pléiade*.

³ Esta lengua es la que Gadet y Pêcheux (1981) calificaron como “inhallable”.

⁴ Meillet atenúa la posición radical del romanista Meyer, para quien “dialecto” o “lengua” no son “especies naturales”.

1635: Creación de la Académie française.

1636: Descartes, *Discours de la méthode* (primer escrito técnico filosófico en francés).

1637: Corneille, *Le Cid*.

1647: Vaugelas, *Remarques sur la langue française, utiles à ceux qui veulent bien parler et bien écrire*.

1651: El padre G. Macé publica una *Grammaire générale et raisonnée* (el texto probablemente data de 1635), título que se vuelve a encontrar en Arnault y Lancelot (1660), los famosos gramáticos de Port-Royal.⁵

1694: Publicación del *Dictionnaire* de la Academia.

1784: *Discours sur l'universalité de la langue française* de Rivarol.⁶

1790: *Rapport sur la nécessité et les moyens d'anéantir les patois et d'universaliser l'usage de la langue française* [Informe sobre la necesidad y los medios para aniquilar los dialectos y universalizar el uso de la lengua francesa], del abate Grégoire.

1791: Creación de la *Société délibérante des amateurs de la langue française* (U. Domergue).

Sin embargo, estos hechos son heterogéneos. En el caso de 813 y 842 se puede hablar de *testimonios*: hay algo, ya designado, ya escrito. Se puede encontrar cantidades de certificaciones de este tipo, bien fechadas, en los contratos, cartas, actas de casamiento, libros de contabilidad, etc. Lo mismo vale, de alguna manera, para 1636 (cuando se comienza a emplear el francés para la filosofía y, por tanto, la ciencia) y para 1637 (un “monumento” literario). Se trata de testimonios, pero son “literarios”; es decir, sirven de modelo y de norma. De los testimonios constituidos en serie es de donde, en general, los lingüistas han podido extraer información y construir –de manera abstracta, suponiendo alguna continuidad sustancial– la historia de “la” lengua francesa. Trazaron sus etapas desde el “proto-francés” (500 a 842) y el viejo “antiguo francés” (842-1100) hasta el “francés moderno” (1789 hasta nuestros días), pasando por el “antiguo francés clásico” (1100-1350), el “francés medio” (1350-1500), el “francés del Renacimiento” (1500-1600) y el “francés clásico” (1600-1789) (ver Lodge 1993: 21). Para el lingüista, se trata de seguir la aparición, la desaparición y la variación de las formas. La periodización (que evidentemente es una representación simplificada del *continuum* temporal) debería dar prueba de estas transformaciones. Tal como observa Lodge, los períodos canónicos de desarrollo del francés están basados en acontecimientos políticos o literarios. De hecho, se usan muy pocos acontecimientos puramente lingüísticos, como la *Lautverschiebung* para la aparición de los dialectos germánicos o como podría haber sido la evolución de la declinación latina, que se redujo a dos casos (caso nominativo y caso régimen, en función de la –s de la segunda declinación latina, conservada para el caso nominativo) antes de desaparecer.⁷

⁵ El movimiento de “gramática universal” arranca a comienzos del siglo XVII (en especial, en Gran Bretaña y en los países germánicos). La gramatización de los vernáculos rompe la unidad intelectual debida al latín, la gramática universal es una manera de encontrar un camino en la diversidad y de construir una “puerta de las lenguas” (*Janua Linguarum*, según la expresión de Comenius).

⁶ Se trata de la propuesta a un concurso de la Academia de Berlín, donde la lengua de trabajo era el francés. Dejaremos de lado, por falta de espacio, todas las construcciones imaginarias que rodean la constitución de la “lengua nacional” (especialmente la discusión sobre los orígenes céltico o latino de esta lengua, que a su vez conllevan discusiones sobre la naturaleza del poder real-derecho romano vs. derecho germánico y consuetudinario).

⁷ Este objetivo de descripción intrínseca de la evolución lingüística, si no se cumple siempre de manera global, es un programa prioritario para los lingüistas “historiadores” de la lengua. Ver, por ejemplo, Marcello-Nizia (1995) sobre el orden de las palabras, los demostrativos y el acento tónico.

Hay otros elementos intrigantes en nuestra lista y que determinan ampliamente la datación canónica. Se trata de la indicación del comienzo de la política centralizadora del poder real (siglo XIII). Políticamente, primero se enfoca la expansión territorial de un pequeño grupo, cuyo poder se extiende, al principio, sobre una parte de la Île-de-France y las márgenes del Loire (ver el mapa histórico de esta expansión de los siglos XIII a XVIII en Lodge 1993: 167). Hemos observado solo las expansiones del siglo XVII, ya que en este período los decretos concernían *también* al uso de la lengua.

Si un grupo vehiculiza su “dialecto”, y en consecuencia favorece su expansión de una manera que bien describe Meillet, no es necesario que “imponga” su “lengua”: el inmenso imperio de Carlos V era incuestionablemente multilingüe y muy diversificado en su organización administrativa.

La necesidad de comunicar explica la política de la Iglesia en favor de la predicación en lengua romana,⁺ a partir de las indicaciones del Concilio de Tours (ver Zinc 1976). La normalización administrativa es algo bien distinto. Podemos comprenderla por razones técnicas de gobierno. ¿Estas razones técnicas imponían la elección de la lengua romana antes que el latín? El Tratado de Verdún (843), que viene luego de los Juramentos de Estrasburgo, divide la herencia de Carlomagno en tres entidades: al Este, el reino de Luis, compuesto de poblaciones de hablas germánicas; al Oeste, el de Carlos el Calvo, en el que dominan los dialectos romanos; entre ambos, la sección de Lotario, más heterogénea. El predominio de los dialectos romanos sobre el territorio de Carlos no constituye una explicación. Las comarcas bajo el dominio de Luis emplearán durante mucho tiempo el latín para el derecho (incluso hasta el siglo XX) y la diversidad dialectal se conservará. En el Oeste, el latín seguirá siendo la lengua de la Iglesia católica y recién se comenzará a realizar el rito en francés en el siglo XX, a partir del Vaticano II. Incluso en la Universidad francesa la redacción de la tesis complementaria en latín persistirá hasta los albores del siglo XX (Bergson se sometió a este ritual).

La elección de la lengua romana es una elección progresiva de una lengua de Estado secularizada, ya que lo que se busca al comienzo es más la exclusión del latín que la de otros vernáculos (como el occitano).

En 1490, el edicto de Moulins recomienda el uso “del idioma francés o materno” para interrogatorios y declaraciones; en 1510, Luis XII exige el empleo del “vulgar e idioma del país”; en 1535, la ordenanza de Is-sur-Tille pide que las actas jurídicas se redacten “en francés o al menos en el vulgar de dicho país”. En 1539, la famosa ordenanza de Viller-Cotterêts impone, finalmente, que todos los actos de justicia “estén pronunciados, registrados y remitidos a las partes en idioma materno francés y no otro”. Hoy podría resultar extraño que el “francés” triunfara en el mismo momento en que los estudios latinos y griegos tomaban impulso en toda Europa (Lodge 1997: 177). Pero esto es olvidar que la vuelta a Virgilio y Cicerón hace del latín una *lengua muerta* (Auroux [dir.] 1989-2000 II: 24-25) y que así participa del desarrollo de los vernáculos.

A partir del siglo XIII, entonces, vemos cómo se instalan, en el curso de la constitución y de la evolución de la monarquía francesa, trazos bien caracterizados. La expansión territorial es acompañada por una homogeneización jurídica en beneficio del poder real; de modo coherente, si se piensa en el peso de la Iglesia y de su latín universal, la monarquía elige su vernáculo como lengua administrativa para imponerse como fuente principal de poder. La historia del francés es inseparable de la constitución de la monarquía absoluta, que solo se conseguirá de manera definitiva después de la victoria de Mazarino sobre la Fronda. Entonces, ¿el esquema de la política francesa sería *expansión de la monarquía hacia el*

⁺ [N. del t.: Se trata de la *Romana Rustica Lingua*, que el autor menciona más arriba.]

absolutismo → *expansión del dialecto del grupo en el poder?* Esto justificaría, en parte, a Meillet, pero deja en penumbras una cuestión fundamental. Un dialecto existe bajo la forma de prácticas de lenguaje variables. ¿Qué es entonces el “francés” impuesto por esta monarquía? Si no contestamos esta pregunta, o si admitimos que sería una realidad sustancial que preexiste a su imposición, es difícil comprender la creación (por parte de Richelieu) de la Académie Française (1635) y ciertos artículos de sus estatutos:

Art. 24: Otorgar reglas ciertas a nuestra lengua y volverla pura, elocuente y capaz de tratar sobre las artes y ciencias.

Art. 25: Observar tanto los modos de decir como las frases para que sirvan de regla general.

Art. 26: Componer un diccionario, una gramática, una retórica y una poética a partir de estas observaciones.

Estos artículos hoy pueden causar asombro, ya que hacen de la lengua una “institución”. La idea de que hay que dar reglas es un lugar común que se encuentra en todas las “gramáticas” que participan de este movimiento de “gramatización” a partir de categorías grecolatinas (a veces remozadas por lo que hemos llamado la “gramática latina extendida”), movimiento que inflexiona de manera exponencial en el Renacimiento. Atañe tanto a los vernáculos europeos como a las lenguas del mundo descubiertas poco a poco en los grandes viajes: 1492, año decisivo del descubrimiento de América por parte de Colón, es también el de la publicación de la gramática castellana de Nebrija. Que la gramática tenga por objetivo dotar a una lengua de reglas puede parecerles totalmente barroco a los lingüistas cuyo espíritu fue moldeado por dos siglos de “cientificismo lingüístico” (desde los primeros comparatistas hasta nuestros contemporáneos, pasando por los estructuralistas). Este científicismo parece ser el mismo: puesto que las personas hablan, les hace falta una “lengua” y la gramática solo está para describirla, no para prescribir normas. Pero esto implica olvidar que las prácticas de lenguaje solo existen bajo la forma de variaciones, discontinuas solo en cuanto a algunos elementos y nunca sobre todos simultáneamente. Los gramáticos de la gramatización eran conscientes de estas variaciones; por “dar reglas” querían decir “unificar las variaciones”. Como vivían en un mundo en el que la ciencia se expresaba en latín, sabían también que una “lengua” no es apta de manera espontánea para su tratamiento: hay que “implementarle” un vocabulario y estructuras sintácticas *ad hoc*, lo que se puede comenzar por vía de la traducción, tal como había comprendido Carlos V el Sabio (1338-1380), fundador de la Bibliothèque Royale. Su preceptor, Nicolás Oresme, había emprendido traducciones de Aristóteles. Finalmente, notaremos que la extensión de la gramatización coincide con la de la imprenta, que supera irrefutablemente la variabilidad diatópica.

Como muestra la historia de la gramatización, la gramática o el diccionario monolingüe⁸ no son simples representaciones (“teorías”) de una lengua preexistente. Las hemos calificado de “instrumentos lingüísticos” (Auroux 1994) para insistir en su carácter de artefactos: existen como objetos técnicos en el seno de una comunidad que ocupa determinado territorio, y prolongan las competencias de cada uno. No son, ciertamente, la representación de algo que estaría en la cabeza de cada uno de los locutores, como una competencia parejamente distribuida. Esta posición, que encontramos inclusive en Saussure y Chomsky, apenas se sostiene. Comprendemos la utilidad de un glosario o un diccionario bilingües, pero ¿para qué serviría un diccionario monolingüe destinado a locutores “nativos”, si no estuviera ahí,

⁸ Históricamente, sabemos que los onomásticos (listas de objetos) evolucionaron hacia el estatuto de instrumentos lingüísticos (indicaciones sobre las palabras), luego hacia traducciones (bilingües). En la Europa renacentista los diccionarios bilingües (claramente instrumentos lingüísticos) dieron origen a los diccionarios monolingües. Estos últimos estaban dirigidos a locutores nativos; la pregunta es: ¿para qué puede servirle un diccionario de lengua a un locutor que habla esa lengua?

disponible entre la comunidad como medio para encontrar una forma, referencias y normas que ninguno de los locutores posee integralmente? Lo mismo vale para las gramáticas, los tratados sobre tal o cual punto del léxico o la gramática, los comentarios sobre el estilo de los autores, etc., aun si a primera vista esto resulta menos evidente que para los manuales de traducción. Por esta razón es que incluimos algunos “instrumentos lingüísticos” en nuestro resumen cronológico de la política lingüística francesa.⁹

En este punto ya podemos considerar las particularidades principales del modelo francés de política lingüística. Lo esencial está trazado por una marcha simultánea hacia la monarquía absoluta y una “absolutización” de la lengua. De allí nacerá la idea de la unidad indisoluble del reino y su lengua. A esto se agrega una gramatización voluntarista de la lengua tanto por el poder central (Academia 1635, disuelta en 1793 y restaurada en 1803) como por la sociedad civil¹⁰ (los escritores; los comentaristas; la *Société délibérante de la langue française*, fundada en 1791 por Domergue). En el siglo XVIII, Beauzée, el principal gramático de la *Encyclopédie* no dudará en definir la lengua como “el conjunto de los usos adoptados por una nación para expresar sus pensamientos por la voz”; “el resto no es más que dialecto abandonado al populacho de las provincias”. De esto resulta cierta concepción de la “lengua”, no como simple medio de comunicación, sino como expresión de una *legitimidad*. La “lengua del reino” depende de una autoridad; es una institución. La política de la lengua pasa necesariamente por darse una norma. La norma es una cuestión de elección y esta elección debe ser justificada e impuesta, incluso a los escritores, como intenta hacerlo un Malherbe o, luego, los numerosos “comentaristas” –en la primera fila de los cuales figura Vaugelas (ver los trabajos de Ayres-Benett, especialmente 1991) y también la Academia (Ayres-Bennett 1996).

La política lingüística no es solo una cuestión de expansión territorial; ella apunta, antes que nada, a “la lengua” misma. Se trata de unificar (supresión de las variantes, como *je vas* vs. *je vais*); de enriquecer; de “aclarar”; de razonar las reglas. Inicialmente, el mito de la pureza (a partir de Malherbe y contra los enriquecimientos de origen extranjero del siglo XVI), de la claridad y de la precisión de la lengua francesa es menos un predicado imaginario casi natural (como lo será la universalidad en Rivarol) de una lengua dada que un programa de trabajo y la designación del resultado esperado. Al ver la evolución de los instrumentos lingüísticos, debemos reconocer que el programa obtuvo un éxito innegable. Al comienzo las gramáticas tienen cada una elementos diferentes y se puede reconocer el origen regional de un gramático hasta en su fonética. Se admite (Rickard 1981) que es solo hacia mediados del siglo XVIII cuando las distintas gramáticas dejan de manifestar “variantes”: han conseguido representar “una” lengua francesa que ellas mismas construyeron.

Dos resultados centrales de la gramatización del francés tuvieron consecuencias importantes, no sólo técnicas sino también teóricas –lo cual es menos esperable–. Se trata del *Diccionario* de la Academia (1694; ver Collinot-Mazière 1997) y del movimiento de estudio de la sinonimia que tiene su punto de partida en el último tercio del siglo XVII (Gauger 1973; Auroux 1984b, 1986b).

⁹ En lo que se refiere a las gramáticas, el verdadero punto de partida de una gramatización nacional del francés es *Le tretté de la grammère françoise*, publicada por Louis Meigret en 1550. Esto no coincide con la aparición de las primeras gramáticas: el primer “instrumento” lingüístico data de 1409; es un tratado muy breve, cercano al Donat latino, debido a Barton y destinado a facilitar los contactos de los anglófonos con los maestros normandos de la corte de Inglaterra; la introducción de Dubois es muy elemental.

¹⁰ Hay que destacar que el absolutismo tiende a reducir el espacio de la sociedad civil: de hecho, escritores y comentaristas son muy dependientes del poder real o, al menos, de un poder que les permite vivir. En los siglos XVII y XVIII los principales gramáticos son académicos.

Hasta una fecha reciente, el *Diccionario* de la Academia, dedicado al Rey,¹¹ estuvo bastante mal juzgado: antes de que apareciera pasaron alrededor de cuarenta años; frente al orden alfabético de las palabras deja un amplio lugar a un orden analógico (familias de palabras), que suprimirá recién en la segunda edición; su “nomenclatura” (la lista de entradas) es extremadamente pobre, en especial respecto de rivales como el *Richelet* (1680) o el *Furetière*¹² (1690), que será retomado por los jesuitas de Trévoux (1704). Les debemos a F. Mazière y a A. Collinot el que hayan reevaluado el aporte de la Academia. Dejaremos de lado el enfoque morfológico derivado del reagrupamiento de las palabras en familias. Lo más importante es la lista de entradas. Se eliminaron del diccionario los términos técnicos y puramente referenciales. Evidentemente no fue por pobreza ni ignorancia que los académicos tomaron esta decisión: el mismo año publicaron el *Diccionario de las artes y las ciencias*, cuyo autor es Thomas Corneille, el hermano del autor del *Cid*. Un diccionario de lengua está constituido por términos comunes que pueden definirse y diferenciarse entre sí. Para los académicos la “lengua” no es una nomenclatura sino una lista de palabras generales que hacen sistema entre ellas. La novedad es innegable; simplemente los académicos inventaron un nuevo *concepto de lengua* que permite discernir lo que se comprende por precisión y pureza. Este nuevo concepto, encerrado en un objeto técnico, deberá esperar mucho tiempo antes de ser tematizado como objeto de reflexión teórica; lo reencontramos en Saussure (¡o Milner!). Representó un papel crucial en la política lingüística de elaboración de la lengua y del estilo. Autoriza la distinción entre diccionario de lengua y diccionario enciclopédico, retomada luego por Diderot y d’Alembert.

Como señala Gauger (1973), el resurgimiento de la sinonimia en el último tercio del siglo XVII se liga con un juego de sociedad practicado en la órbita de la corte. Dados algunos nombres de significaciones cercanas, se trata de exhibir contextos en los que esas significaciones son distintas y en los que las palabras no son intercambiables: se imita por estima, se copia por esterilidad, se remeda por diversión. Esta concepción ya había sido sostenida en la Antigüedad, especialmente por el sofista Pródico de Ceos –al que citan Platón y Aristóteles– y fue abandonada por la idea retórica de una *copia verborum* (cuando se trata de calificar un personaje o un objeto se le adjuntan calificativos cercanos). Esta nueva concepción obliga a hacer una elección para cada expresión utilizada, excluyendo las otras. En 1718 el abate Girard publicará el primer diccionario de sinónimos modernos, dedicado a la justeza de la lengua francesa. Sus entradas son dobles, triples o más (en general limitadas a tres), compuestas de palabras o de expresiones (como el famoso triplete que reencontraremos incluso en Saussure¹³ cuando explica el valor lingüístico: *recelar, temer, tener miedo*). Estas entradas excluyeron las palabras técnicas, que, cuando hacen doblete, son simples etiquetas diferentes para las mismas realidades y se extienden entonces en el mismo campo lingüístico que el *Diccionario* de la Academia. El diccionario de sinónimos se basa en lo que hemos denominado “el axioma de Girard-Pródico”, que señala la ausencia de verdadera sinonimia en el seno de una misma lengua. Es difícil interpretar el estatuto de este axioma. Se lo puede considerar como una regla racional elegida por los sujetos hablantes; esto era innegable cuando la sinonimia era un juego de salón. Pero la serie considerable (ver Auroux 1984b) de diccionarios de sinónimos inspirados en Girard,¹⁴ hasta la segunda mitad del siglo XIX, le

¹¹ “El Augusto nombre que [...] defenderá [estas obras] del tiempo, defenderá también la lengua [...]. La superioridad de vuestra potencia ya la convirtió en la lengua dominante de la parte más bella del mundo.”, *Epístola dedicatória*.

¹² Elegido por la Academia en 1662, trabajó en su diccionario. Se lo acusó de plagio y, lo que es más grave, de haber hurtado las primeras pruebas realizadas en 1674. Fue expulsado de la Academia en 1685.

¹³ Sobre el papel histórico de la sinonímica en la concepción saussuriana del valor, ver Auroux (1985).

¹⁴ Como todo objeto técnico, el diccionario de sinónimos evoluciona por “bricolaje” de una realidad material: se retoma el predecesor, se lo extiende, se retocan algunas entradas, etc.

cambia netamente el estatuto: se lo erige, primero, en una afirmación sobre lo que debe ser una “buena” lengua, luego una propiedad específica de las lenguas (Dumarsais en 1730: “en una lengua no hay sinónimos perfectos”). En este último contexto, para refutar las objeciones, desde el comienzo del siglo XIX se advierte que los “dobletes sinónimos” debidos a orígenes diferentes tienden necesariamente a diferenciarse (germ. *War* → guerrero vs lat. *bellum* → belicoso).¹⁵ Sea como fuere, la existencia de la serie de diccionarios de sinónimos contribuye ampliamente a dotar al francés de ese carácter de precisión, perseguido en el comienzo y luego admitido como propiedad intrínseca de la lengua. Se intentará trasponer el modelo (incluso la nomenclatura, lo que es más discutible) en otras lenguas (español, alemán, ruso, especialmente).

Con la sinonimia, se podría considerar que la referencia de la política lingüística es de alguna manera un actor racional que aplica reglas. Pero no siempre es así: *je vas* puede parecer más analógico que *je vais*, pero es este último el que impondrán los gramáticos. Es que, sin que haya verdaderamente que oponerlos, la razón debe dejar lugar al uso y a la arbitrariedad lingüística. Es por eso que también el giro racionalista de la gramática general dado por los gramáticos de Port-Royal (1660), si bien introduce nuevos tipos de explicación de los fenómenos lingüísticos, no afecta la idea de que una lengua en su aspecto concreto es una institución y que incluye una parte arbitraria.

Los usos remiten a la diversidad de las prácticas de lenguaje; entre ellos, entonces, hay que elegir lo que constituirá el “buen uso” susceptible de establecer un habla unificada. La pregunta ahora es: ¿quién define el buen uso? Hay que elegir un sujeto empírico que sea el verdadero “sujeto” (el portador o el “soberano”) de la lengua (Auroux 1986a). Esto, por cierto, no tiene nada de original: todas las tradiciones gramaticales conocidas (especialmente la sánscrita y la árabe) han designado un grupo (más o menos ficticio) como garante de la “buena” lengua. La originalidad francesa en el contexto puramente político proviene de esta elección. La cuestión no radica en saber dónde y por quién es hablada la buena lengua, sino más brutalmente: ¿quién es el amo de la lengua, capaz de definir la buena lengua? En su breve tratado sobre los Gramáticos Ilustres,¹⁶ Suetonio relataba una anécdota según la cual, cuando durante un juicio se le opuso al gramático Pompeyo Marcelo una forma utilizada por el emperador Tiberio, él contestó “Puedes, César, conceder el derecho de residencia a los hombres, pero no a las palabras”. La anécdota será utilizada por Locke (*Ensayo sobre el entendimiento humano*, 1690 III, II: 8) para justiciar su liberalismo en materia lingüística (cada uno tiene el derecho inalienable de emplear las palabras como quiere y de la manera que quiere). Notablemente transformada,¹⁷ será citada en el período clásico, en especial por el célebre Dumarsais (*Tratado de los tropos*, 1730). La historia de la lengua francesa, tanto bajo la Monarquía como bajo la Revolución, atraviesa por la búsqueda de una definición del “buen uso” que debe imponerse al responsable de las decisiones lingüísticas, que es el gramático. Se puede partir de Vaugelas; para él, el “buen uso” es “la manera de hablar de la parte más sana de la corte, conforme a la manera de escribir de la parte más sana de los autores de la época” (Vaugelas 1647).

Si la definición atañe al corazón político del país, también conlleva una innegable dimensión cualitativa (“la parte más sana”) que la vuelve difícilmente decidible. Habrá que

¹⁵ Más tarde (hacia fines del siglo XIX) aparece el ejemplo de la distinción en inglés de las palabras de origen sajón que designan la carne en pie (*ox*) y las palabras de origen normando que designan la carne para la mesa (*mutton*). Es el que retiene Saussure, pero se encuentran también ejemplos en otras lenguas: lat. *coquina* (cocina) vs. *popina* (taberna de mala muerte), que viene del osco.

¹⁶ Ver la traducción francesa de Baudement (París, 1845) digitalizada por Marc Szwajcer y disponible en Internet.

¹⁷ En especial por el cambio de título para el emperador: ya no más “César”, sino “Augusto”, que es posterior.

esperar más de un siglo para pasar a una dimensión cuantitativa, aunque mitigada en lo que concierne a los autores (“los más estimados de la época”). La referencia a la temporalidad corresponde a la idea de que el uso tiene sólo una “autoridad instantánea” y que varía con el tiempo (sin que se admita la variación espacial):

El buen uso es la manera de hablar de la parte más numerosa de la corte, conforme a la manera de escribir de la más numerosa parte de los autores más estimados de la época (Nicolas Beauzée, artículo “lengua” de la *Encyclopedie*, 1765, retomado en el artículo “uso”).

Esta manera de proceder es eminentemente criticable para una burguesía que no admitiría la supremacía de la corte, como los gramáticos de Port-Royal. Debemos a Arnauld algunas discusiones sobre este tema, publicadas póstumamente.¹⁸ Según él, se “podría hacer depender la pureza de la lengua, tanto del uso de quienes hablan bien en París como de los que hablan bien en la corte” (*op. cit.*, 107). Evoca las reformas de la lengua italiana que no se realizan “en la corte de los príncipes”, sino que se deben a los toscanos, o el caso del alemán y el español, para los cuales serían los religiosos quienes mejor los hablan.¹⁹ De hecho, la impugnación política del absolutismo real conduce infaliblemente a la del sujeto/amo atribuido a la lengua, tal como vemos claramente cuando se aproxima la Revolución francesa:

En esta especie de aristocracia compuesta por dos potencias a menudo opuestas, no se sabía a cuál obedecer. El pueblo, se dice, así se expresa. Pues bien, entonces, el pueblo se expresa noblemente. [...] ¿Por qué vanidad queremos que, en nuestra [lengua], todo lo que sea propio del uso del pueblo contraiga un carácter de bajeza y villanía? ¿Acaso una reina debe decir buen día en otros términos que una aldeana? (Jean François Marmontel, *Encyclopédie méthodique*, 1786, artículo “usage”).

Con la Revolución esta impugnación se generalizará hasta dar origen a la utopía de la igualdad de todos los “locutores” que deben participar respecto de la lengua. Domergue (ver Busse 1980 y Busse y Dougnac 1992), el fundador de la *Société délibérante des amateurs de la langue française*,²⁰ se expide claramente sobre este tema:

Nuestra literatura era una aristocracia opresiva y desalentadora; tenía su nobleza y su orgullo en la Gente de Letras de la capital, su Clero y su intolerancia en las Academias. Revoquemos los órdenes, fundemos la República de las Letras y que en nuestra sociedad de los amateurs de la lengua, todos sean iguales en derechos: el hombre, la mujer; el académico, el simple literato, el habitante de la capital, el de los departamentos; el corresponsal francés, el corresponsal extranjero (François Urban Domergue, *Prospectus*, 1791).

La definición de Marmontel presupone el concepto de unidad sustancial de la “lengua”; hay que ver allí una representación adyacente al avance de la política lingüística a través de la gramatización. Como veremos, desde el punto de vista empírico es ampliamente errónea. Por su parte, la de Domergue, aunque traduce una evolución “democrática”, es totalmente utópica. En primer lugar, supone también la unidad; en segundo lugar, se basa en un procedimiento de agregación [*agrégation*] de las propuestas de los sujetos (“decisiones” publicadas en el *Journal de la langue française* y resultantes de una votación) que no podrían existir en

¹⁸ *Règles pour discerner les bonnes critiques des traductions de l'Écriture Sainte en Français pour ce qui regarde la langue; avec des Réflexions sur cette maxime: que l'usage est la règle et le tyran des langues vivantes*, 1707.

¹⁹ Arnauld no conoció el giro absolutista de la política lingüística española (la Real Academia Española fue creada sobre el modelo francés en 1704).

²⁰ Esta sociedad es el germen de la primera sociedad científica que tomará el nombre de Sociedad de Lingüística en 1837 (ver Auroux 1984a).

materia de lenguaje.²¹ De hecho, la supresión de la Academia por parte de la Convención (1793), instigada por el abate Grégoire, no durará; Napoleón la restaurará (1803). La Convención admitía la necesidad, creada por la Monarquía, de acordar un papel predominante al Estado; en 1790, el informe de Grégoire (sobre el estado de las prácticas lingüísticas en la Francia revolucionaria) establecerá la persistencia considerable de los “dialectos” y la necesidad de erradicarlos mediante una política específica (De Certeau et al. 1975).

La política lingüística tradicional (papel del Estado, de la Academia, de una literatura y de una gramatización controladas por el poder central) es, por lo tanto, muy insuficiente. Se estima que en el momento de la Revolución, el francés solamente era la lengua de uno de cada cuatro ciudadanos (12% en el siglo XVII). La gramatización (la construcción de instrumentos lingüísticos) es una condición necesaria pero no suficiente. Construye una lengua pero no puede asegurarse de que sea la de los ciudadanos. Al comienzo, los decretos referidos a la utilización solo conciernen a la lengua administrativa y jurídica. Faltan otras condiciones para que estos decretos (se hallará una lista de ellos hasta la época moderna en Kibbee (ed.) 2002, 2003) puedan concernir a la “lengua común”. La extensión de la normalización lingüística requiere que existan aparatos ideológicos de Estado (según la expresión de Althusser) específicos, que antes apenas si se esbozaban.²² el siglo XIX se encargará de establecerlos, en especial, con la extensión progresiva de la escolarización (prohibición de los dialectos en la escuela, elección de los manuales y, por último, con Jules Ferry, enseñanza pública obligatoria) y la organización del servicio militar universal.

Si bien los rasgos de la política lingüística francesa están claramente delineados, no por eso hay que concluir que corresponden a elementos universales de toda política lingüística posible. Las condiciones culturales de las políticas lingüísticas varían considerablemente. Solo con cambiar los parámetros de modelo del Estado y de los sustratos iniciales, obtenemos al menos tres casos:

1. *Modelo con Estado central (absolutismo)*: se construye una “lengua nacional” (Francia) bajo la égida del poder central; como observa Beauzée, la autoridad no es más que instantánea. De alguna manera, España intentará seguir este modelo con la creación de la Real Academia a comienzos del siglo XVIII; pero el castellano estará siempre en competencia con otros dialectos, algunos de origen no romano (vasco).

2. *Modelo sin Estado central* (península italiana, países de lenguas germánicas): competencia de varias legitimidades; no hay centro de decisión lingüística (la academia de la Crusca y su diccionario no tienen autoridad por todo el territorio; el *hochdeutsch* es primero una lengua de cancillería). Así como en el modelo precedente la unidad provenía del Soberano, en este modelo puede ser rastreada en la historia (la *Deutsche Grammatik* de Grimm es, de hecho, una historia de los dialectos germánicos).

3. *Modelo de colonización sobre sustratos no indoeuropeos*: por ejemplo, Brasil. Obra del Marqués de Pombal; utilización como lengua vehicular de la “língua geral” (versión dramatizada e institucionalizada por los europeos del tupí-guaraní) versus portugués (Auroux/Orlandi 2006).

²¹ Se encontrará una crítica, tanto de la idea de una elección democrática (crítica basada en un teorema presentado por el economista Kenneth Arrow en *Social Choice and Individual Values*, 1951) como de la de un “dictador lingüístico” en Auroux (1998: 257ss.).

²² Bajo la monarquía, la enseñanza está ampliamente dominada por el uso del latín, acérrimamente defendido por los jesuitas.

Por supuesto, habría que agregar otros parámetros. La lengua de la religión (el eslavo para la ortodoxia rusa, o una vernácula local para la Reforma de Lutero *versus* el latín para los países católicos) desempeña un papel considerable (como el sánscrito de los *Vedas* o el árabe del *Corán*); la estructura de las aristocracias y la de la burguesía (ver Gessinger 1980, para el caso “alemán”) son importantes, como lo es la existencia de una literatura prestigiosa en una de las formas antiguas de la “lengua” (ver Diatsentos 2009, para el griego) o la forma de la escritura (caso del chino). Es posible que haya tantos casos diferentes como “lenguas nacionales”. Por esta razón, si se quiere abordar la “emergencia” (Mazière 2007) de una entre todas, no es ella la que hay que considerar en primer lugar, sino un espacio definido empíricamente, de múltiples dimensiones (por lo tanto, un hiperespacio); puesto que lo consideramos desde el punto de vista de la comunicación, denominamos este tipo de espacio “hiperlengua” (Auroux 1998: 113-123; Auroux y Orlandi 2006; Auroux y Mazière 2008).²³ En tal espacio, hay individuos y grupos que se comunican (correctamente o no), que tienen diferentes competencias (algunas de las cuales son multilingües) y también una organización social, luchas políticas, eventualmente instrumentos lingüísticos e instituciones lingüísticas, etc. Una hiperlengua es una dinámica, se la proyecta sobre representaciones (por ejemplo, “gramáticas nacionales”); entonces el conjunto de estas proyecciones, por más numerosas que sean, jamás reconstruirán la dinámica, como bien saben los matemáticos.²⁴

Las lenguas nacionales no existen bajo la forma de entidades “naturales”²⁵ (o, como lo pensaba Meillet, bajo la forma de un “dialecto local generalizado”): son construcciones (ver igualmente Harris 1980, 1981, 2001; Calvet 2004) que pueden adoptar múltiples modalidades y que nunca suprimen totalmente la diversidad de las prácticas de lenguaje (Boutet 1987). Por lo tanto, las “lenguas” no existen en sí mismas ni para sí mismas. Se podría pensar que este modo de decirlo es una provocación un poco excesiva. ¿Pero acaso los hechos nos permiten decir otra cosa?

Bibliografía

- Auroux, Sylvain (dir.). 1989-2000. *Histoire des idées linguistiques*. Lieja: Mardaga.
 Auroux, Sylvain. 1984a. “La première Société de linguistique: Paris 1837?”. *Historiographia Linguistica* X: 3. 195-219.
 Auroux, Sylvain. 1984b. “D’Alembert et les synonymistes”. *Dix-huitième Siècle* 16. 93-108.
 Auroux, Sylvain. 1985. “Deux hypothèses sur les sources de la conception saussurienne de la valeur linguistique”. *Travaux de linguistique et de littérature* (Estrasburgo) XXIII:1. 188-191.

²³ Este neologismo se utiliza desde hace más de diez años, por lo que es difícil cambiarlo. Sin embargo, soy muy consciente de que es fuente de ambigüedades para varios comentaristas: algunos lo ven como una “superlengua”. Pero queremos poner el acento en un espacio estructurado (como un campo gravitacional) por la presencia de objetos y sujetos provistos de competencias lingüísticas (que pueden variar y depender de prácticas lingüísticas incompatibles desde el punto de vista de la “comprensión”: hablamos en este caso de “multilingüismo”, situación que en la historia de la humanidad está lejos de ser rara). Una “hiperlengua” no es una lengua. Podríamos ponerle la etiqueta, más neutra, de “hiperespacio L” (por lingüística).

²⁴ No hay aplicación de una dinámica de un espacio multidimensional sobre dos subespacios complementarios, tal que el resultado de las dos dinámicas permita reconstruir la dinámica inicial (Auroux 1998: 116). Desde nuestra perspectiva, esto esclarece bastante la oposición, tradicional y paradójica, entre la sincronía y la diacronía, e introduce en su lugar la “subdeterminación gramatical”: ninguna gramática puede representar la totalidad de una hiperlengua y predecir su evolución.

²⁵ “La génesis de un uso escrito, tradicional e interregional, no es la promoción política de un dialecto particular, el *francien*. Es una práctica que tiende a constituir un *français* lengua de las letras y los letrados” (Cerquiglini 1991: 118).

- Auroux, Sylvain. 1986a. "Le sujet de la langue: la conception politique de la langue sous l'Ancien Régime et la Révolution", Busse W. & Trabant J. (eds.), *Les idéologies. Sémiotique, Philosophie du langage et linguistique*. 259-276. Amsterdam: John Benjamins.
- Auroux, Sylvain. 1986b. "Les synonymistes et la contrainte de scientificité: Roubaud 1785", *Autour de Féraud la lexicographie en France de 1762 à 1835*, Collection de l'ENS JF 29. 73-81.
- Auroux, Sylvain. 1994. *La révolution technologique de la grammatisation*. Lieja: Mardaga.
- Auroux, Sylvain. 1998. *La raison, le langage et les normes* Paris: PUF.
- Auroux, Sylvain y Francine Mazière (dirs). 2006. *Hyperlangues et fabriques de langues. Histoire Epistémologie Langage XXVIII: 2*.
- Auroux, Sylvain y Francine Mazière. 2006. "Hyperlangues, modèles de grammatisation, réduction et autonomisation des langues". *Histoire Epistémologie Langage XXVIII: 2*. 7-17.
- Auroux, Sylvain y Francine Mazière. 2008. "Une grammaire générale et raisonnée en 1651 (1635?) – Description et interprétation d'une découverte empirique". *History of Linguistics 2005*, ed. por Douglas Kibbee. 131-155. Amsterdam: John Benjamins.
- Auroux Sylvain y Eni Orlandi (eds.). 1998. *L'hyperlangue brésilienne. Langages 130*, Paris: Larousse.
- Ayres-Bennett Wendy. 1987. *Vaugelas and the Development of the French Language*. Londres: The Modern Humanities Research Association.
- Ayres-Bennett Wendy. 1996. *Les Remarques de l'Académie française sur le Quinte-Curce de Vaugelas (1719-1720)*. Paris: Presses de l'Ecole normale supérieure.
- Balibar, Renée y Dominique Laporte. 1974. *Le français national, politique et pratique de la langue nationale sous la Révolution*. Paris : Hachette-Littérature.
- Balibar, Renée. 1974. *Les français fictifs, le rapport des styles littéraires au français national*. Paris: Hachette-Littérature.
- Balibar, Renée. 1985. *L'institution du français. Essai sur le colingisme des carolingiens à la République*. Paris: PUF.
- Boutet, Josiane. 1987. "La diversité sociale du français". *France pays multilingue*, ed. por Geneviève Vermès et Josiane Boutet. 9-28. Paris: L'Harmattan.
- Boyer, Henry (dir.). 1996. *Sociolinguistique. Territoires et objets*. Delachaux y Niestlé: Lausana y Paris.
- Busse, Winfried. 1980. "Domergue, Grammairien patriote". *Logos semanticos. Studia in Honorem Eugenio Coseriu (1921-1980)*. 371-384. Madrid: Gredos; Berlín/Nueva York: Walter de Gruyter.
- Busse, Winfried y Françoise Dougnac. 1992. *François-Urbain Domergue: le grammairien patriote (1745-1810)*. Tübingen: Gunter Narr Verlag.
- Calame-Griaule, Geneviève. 1963. *La parole chez les Dogons*. Paris: Gallimard.
- Calvet, Louis-Jean. 1974. *Linguistique et colonialisme. Petit traité de glottophagie*. Paris: Payot.
- Calvet, Louis-Jean. 1999. *Pour une écologie des langues du monde*. Paris: Plon.
- Calvet, Louis-Jean. 2004. *Essais de linguistique. La langue est-elle une invention des linguistes?* Paris: Plon.
- Cerquiglini, Bernard. 1991. *La naissance du français*. Paris: PUF.
- Collinot, André y Francine Mazière. 1997. *Un prêt à parler: le dictionnaire*. Paris: PUF.
- De Certeau, Michel, Dominique Julia y Jacques Revel. 1975. *Une politique de la langue. La Révolution française et les patois*. Paris: Gallimard.
- Diatsentos, P.. 2009. *La question de la langue dans les milieux des savants grecs au 19^{ème} siècle: projets linguistiques et réformes*. Thèse EHESS.

- Fodor, István y Clause Hagège. 1983. *Language Reform: History and Future*. Hamburg: Busk Verlag.
- Fournier, Nathalie. 2002. *Grammaire du français classique*. Paris: Belin.
- Gadet, Françoise y Michel Pécheux. 1981. *La langue introuvable*. Paris: François Maspéro.
- Gauger, Hans-Martin. 1973. *Die Anfänge der Synonymik. Girard (1718) und Roubaud (1785)*. Tübingen: Beiträge zur Linguistik.
- Gessinger, Joachim. 1980. *Sprache und Bürgertum. Sozialgeschichte Sprachlicher Verkehrsformen*. Stuttgart: J. B. Metzler.
- Harris, Roy (ed.). 2001. *The Language myth in western culture*. Richmond (Surrey): Curzon Press.
- Harris, Roy. 1980. *The language makers*. Londres: Duckworth.
- Harris, Roy. 1981. *The Language myth*. Londres: Duckworth.
- Kibbee, Douglas A. (ed.). 2002. *Politiques Linguistiques 1/2. Histoire Epistémologie Langage XXIV: 2*.
- Kibbee, Douglas (ed.). 2003. *Politiques Linguistiques 2/2. Histoire Epistémologie Langage XXV: 1*.
- Lodge, Anthony R. [1993] 1997. *Le français. Histoire d'un dialecte devenu langue*. Paris: Fayard.
- Marcello-Nizia Christiane. 1995. *L'évolution du français. Ordre des mots, démonstratifs, accent tonique*. Paris: Armand Colin.
- Mazière, Francine. 2007. "Emergence de la langue française". *Les français en émergence*, ed. por Enrica Galazzi y Chiara Molinari. 9-21. Berna: Peter Lang.
- Meillet, Antoine. 1908. *Les dialectes indo-européens*. Paris: Champion.
- Milner, Jean-Claude. 1978. *L'amour de la langue*. Paris: Le Seuil.
- Rickard, Peter. 1981. *The Embarrassments of Irregularity. The French Language in the Eighteenth Century*. Cambridge: CUP.
- Vaugelas, Claude Favre de. [1647] 1981. *Remarques sur la langue française. Utiles à ceux qui veulent bien parler et bien écrire*. Paris: Éditions Champ Libre.
- Zinc, Michel. 1976. *La prédication en langue romane avant 1300*. Paris: Champion.